

cuánto amaba el P. Campa, á fuer de excelente felipense, el decoro de la Casa del Señor.

“La Sombra de Arteaga,” periódico liberal fundado en 1867, en los números del 5 de Abril de 1884 y del 10 de Noviembre de 1890, tributó merecidos elogios á los PP. Soria y Campa cuando murieron. Del primero, dice: “eclesiástico ejemplar, abogado recto, sincero amigo, con exactitud matemática cumplía sus deberes; queretano respetable por su inteligencia y honradez, era siempre el árbitro de los litigios particulares, hábil consejero en los arduos negocios de las familias, honra del clero católico de esta diócesi por haber sido tan virtuoso. La familia imperial de Austria, en muestra de gratitud por sus servicios espirituales al lado de Maximiliano, le obsequió una rica cruz de oro, incrustada de brillantes.” Este obsequio lo ví en manos de mi finado prelado el Sr. Labastida, que alguna vez lo usó; era un pectoral con valiosas amatistas.

Del P. Campa decía: “que fué caritativo sin ostentación, protector de la ilustración de la juventud, buen hijo, buen hermano, buen amigo y excelente sacerdote.”

El epitafio del P. Campa, compuesto por un justo varón, lo sintetiza así: *Hic jacet qui jacere numquam potuit in vita, quia plenus charitate numquam momentum ali-quod sibi servavit.* Aquí descansa el que en vida nunca pudo descansar, porque lleno de caridad, nunca se reservó un momento para sí.

Hubo en el pontificado del Illmo. Sr. Dr. Don Ramón Camacho, un sacerdote ilustradísimo, el Sr. Lic. Don Ismael Jiménez y Romero, de costumbres inmaculadas y de una sencillez columbina, á quien su Señoría Ilustrísima le consultaba, y al que más de una vez llevó á la visita pastoral; le nombró canónigo; pertenecía al

Oratorio de San Felipe Neri de esta ciudad, de donde se separó para pasar al de México; allá se dedicó, como aquí, á la dirección de las almas; falleció entre sus amados hermanos, honrado con una prebenda de aquella metropolitana catedral; fué alumno muy aprovechado y notable catedrático de cánones en el Seminario Conciliar de México.

Apenas me queda tiempo para mencionar los respetabilísimos nombres del P. Prepósito Tomás Valencia, que tanto sobresalió por su mansedumbre y humildad, como nos lo testifica todavía su epitafio (5); del P. Prepósito Ignacio Gutiérrez, tan docto en la teología como en el derecho y en la poesía (6); del venerando Prepósito José María Escamilla, que, cual otro Elías, subió al cielo el 17 de Mayo de 1904, dejando su espíritu de verdadero felipense, en otro Eliseo, su último hijo, Ignacio de Loyola, para que asociado con su santo hermano Jerónimo Ruiz, edificaran y plantaran, conservaran y aumentaran el glorioso instituto Neriano, á pesar de la oculta é injusta, cruel y despiadada guerra que les suscite el enemigo malo, y del ejemplar hermano Antonio Rosas, de quien se conserva viva la memoria de sus heroicas virtudes. (7)

Abusaría de vuestra atención si me prolongara con otras reminiscencias que podría hacer sin esfuerzo, no obstante la máxima que se ha profesado en el Oratorio de Querétaro, de llevar una vida oculta en Cristo. (Colosenses, III, 3). Poco importa que no añada más nombres de virtuosísimos felipenses: ni mencione sus acciones heroicas, sus prolongadas y constantes mortificaciones, su altísima contemplación y demás prendas, quedarán desconocidas; pero en la celestial Jerusalem brillan ya y brillarán (Dan., XII, 23), como estrellas de gran magnitud por toda la eternidad.

Santos manes de los Prepósitos Acosta (8), Aguilar (9), Garfias (10), Luna (11), Martínez del Campo (12) y Sánchez; padres Abaunza (13), Aellon, Caro, Conejo (14), Fuentes, García, Montaña, Moreno, Perea y Pichardo, hermano Gascón (15), perdonadme que no haya revelado lo mucho bueno que hicisteis cuando viviais entre nosotros.

Querretanos queridísimos! profesad siempre una veneración profunda y una grandísima adhesión á los que sin ningún voto se reúnen en la casa del Santo Padre Felipe Neri, donde tienen siempre abiertas las fuentes para lavar las lacras del pecado, donde distribuyen de continuo un doble alimento para el corazón y para la inteligencia, y que hasta hoy seguirán siendo edificantísimos hijos de su santo fundador.

Nunca hagáis eco al protestantismo ni á los convencionalistas del siglo XVIII, satélites de Lutero, que odian y quisieran barrer de la redondez del mundo, á los que se juntan á orar por los que no oran, á practicar la angélica virtud en medio de un siglo que por todas partes trasciende molicie y sensualidad, á vivir pobre y modestamente entre los adoradores del becerro de oro, y que sin ostentación, alarde ni jactancia, cual mansas aguas, hacen cuanto pueden en beneficio de sus semejantes.

Tened presente lo que se lee de San Gregorio Magno, quien después de prevenir al Arzobispo de Rávena que no incomodara los monasterios, sino que antes bien los protegiera, defendiera y aumentara su número, reunió el III Concilio Romano (601, pág. 521 de la Suma de Coroliano), en que formó un decreto para prohibir á todo obispo ó seglar que causasen el menor daño á los

que se congregan para alabar al Señor con himnos y cánticos y para practicar los consejos evangélicos.

No olvidéis los anatemas que Alejandro IV fulminó contra Guillermo de San Amador ó de Saint Amour por haber escrito un libro que llevaba por mira el impedir que ninguno se incorporase en las comunidades aprobadas por la Iglesia.

Al ridículo pretexto de la imaginaria relajación con que se quiere encubrir el antimonaquismo, opond lo que Rayne contestó á Polemar en el Concilio de Basilea, celebrado el año de 1431: reprobese entonces la medicina porque no siempre cura, según decía San Agustín, ó que se apague la débil luz porque no es brillante.

Recordad lo que Pío VI decía: que si Roma no tuviera familias religiosas, nadie hubiera escapado de los longobardos. Su Santidad así lo había aprendido del citado San Gregorio Magno y de Benedicto XIV, quien, tratando de Bolonia, decía: "Esta ciudad, afligida por tantas calamidades espirituales y temporales, no subsistiría si las oraciones de las monjas y de los frailes no hubiesen calmado la ira del cielo." (16)

Es muy sabida la cuestión, escribía el Sr. Dr. D. José Guadalupe Romero, Doctoral de la Santa Iglesia de Michoacán, en su Estadística de ese Estado (impresa en 1862, pág. 20), que el Illmo. Sr. Dr. Don Juan Ignacio de la Rocha y Diez, su vigésimocuarto Obispo, tuvo con los padres felipenses de San Miguel el Grande, á causa de la visita que quiso hacer á la Casa del Oratorio y Colegio de San Francisco de Sales. El P. Dr. Gamarra, apoderado de sus hermanos los felipenses, pasó á Roma para ventilar esta cuestión, y como era lógico y natural fué fallada en contra del prelado; éste había permanecido en el territorio de aquel curato, durante el

curso de aquel negocio, y á pocos días de saber la resolución, murió de pesadumbre en la hacienda de Puerto Nieto, el 3 de Febrero de 1783. Este asunto ocupó en su tiempo mucho la atención pública.

Otro escritor humilde que conocéis, hace 25 años ponía en sus notas á las Noticias de México, por Sedano, lo siguiente: "Siempre han sido muy delicadas las cuestiones con los regulares, soldados beligerantes de la Iglesia, que por lo mismo han gozado de ciertas prerrogativas, privilegios, exenciones, gracias ó favores por concesión del Obispo de los Obispos, el Romano Pontífice, como una recompensa á sus trabajos, á sus sufrimientos, á sus virtudes. Graves disgustos han tenido á veces los preladados, que no han tenido la suficiente prudencia y que movidos de un celo indiscreto por su jurisdicción, les han molestado y tratado como á simples clérigo suyos. En tal conflicto, justa y debidamente han acudido al Vicario de Cristo, que siempre los ha amparado: así lo confirman varios ejemplares en la historia de la Iglesia Mexicana, que demasiado largo sería mencionar."

Illmos. y Rmos. señores: yo sé decir que vosotros, en vuestra alta sabiduría, jamás hostilizaréis en lo más leve á las pupilas de los ojos de San Felipe Neri, que son sus hijos, sino que continuaréis como hasta aquí amando y protegiendo á esta preciosa porción de virtuosos é ilustrados sacerdotes, defensores de la Fe y de la Moral, á quienes conocí en mi niñez, admiré en mi juventud y ahora en mi vejez profeso agradecimiento profundo, respeto sumo y afecto muy acendrado y sincero: feliz sería si les viera á mi lado á la hora de mi muerte. Así sea.

NOTAS

(1). Todavía se encuentra su retrato en la sala donde están sepultados otros padres. Dice así:

"V. R. del R. Esteban Joaquin Ramirez de Bexar. Uno de los fundadores de esta Congregacion. Originario de la hacienda de Minas S. Sn. José del partido de Marfil, jurisdiccion de Guanajuato en el obispado de Michoacan donde fue cura del pueblo de Ucareo el que renunció para venir á la fundacion de esta Congregacion en la que vivió ejemplarmente con aplicacion pronta á confesar así en la iglesia como fuera á los enfermos. Murió de 71 años 11 meses 9 dias, de 46 años 8 meses 1 dia de sacerdote y de estos los 17 años 1 mes 3 dias en la Congregacion en la que fue 2 veces Prepósito y fue su fallecimiento el 8 de Enero de 1780."

El P. Marcos murió en Marzo 19 de 1788 á la edad de 75 años, y 23 años, 3 meses y 28 dias de ser felipense: rehusó ser Prepósito y fué el primero el P. Ramirez. Sus primeros compañeros fueron los PP. Felipe N. Yáñez, José Antonio de Tello, que murió en México, y el P. Ramirez. El P. Juan José Tadeo Montañó entró á la Congregación en Febrero 1 de 1767. El P. Diez de Lara se incorporó al Oratorio de Querétaro en Febrero de 1786; por esta época había estos padres: Manuel Núñez de Villavicencio, Rojo y Luna, que se separó.

El P. Ignacio Gutiérrez ingresó en Noviembre 10 de 1817.

En 1818 había estos padres: Ignacio Arce, Ramón Morales y Esteban Martínez Gudillo.

El 30 de Octubre de 1822 entraron el P. José M. Bocanegra y el P. Mariano Servín de la Mora, que no perseveró.

El Lic. Miguel de la Vega, del Oratorio de México, entró á éste en Abril 10 de 1824; ingresaron después Luis Zelaa, Miguel González, Teodoro Corona; se separaron Cipriano Esquivel y Pedro Pérez.

(2). Le sirvió de norma el de Santiago Tianguistengo.

(3). El P. Marroquín fué bautizado en la parroquia del Espiritu